

Las tres vueltas al mundo*

Michel Serres

Traducción del francés al español de

Luis Alfonso Paláu-Castaño

Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia

laPalau@une.net.co

Cuando era joven, había decidido locamente que la vida del filósofo debía comenzar por tres necesidades imposibles, tres vueltas que había que cerrar. Antes de acceder a una sabiduría que consideraba lejana, yo creía al menos que el aprendiz debía, a guisa de preparación, darle la vuelta primero al mundo: visitar banquisa y el Pacífico, ver derivar icebergs y soplar las ballenas, atravesar los desiertos, izarse en lo alto de las cimas montañosas, no negarme ni los seísmos ni los volcanes, navegar a lo ancho, afrontar ciclones, explorar las islas y los continentes, en suma: hartar la dura belleza del planeta. Errar. Y en el extremo de la fatiga muscular del tiempo corto de la vida breve y del entusiasmo admirativo, nadie puede verlo todo. Quedaba la melancolía de ojear mapamundis.

Pero, por suerte, llega una especie de bucle. Pues, por un infortunio inesperado, aunque preparado durante mucho tiempo, la Guerra Mundial que ahora libramos contra el mundo encuentra hoy su potencia mundial, inmanente, tangible, calculable y amenazador que nos obliga a firmar, corriendo un riesgo importante y a la fuerza, un *contrato natural* de simbiosis. Así, cerramos el círculo de manera extraña, sorprendente y peligrosa, el vagabundeo millonario de *Sapiens*, detenidos todos juntos ante esta integración nueva, ante esta suma que nos requiere. Y esto no quiere decir, ni de lejos, que haya visto todo y sabido todo de nuestro planeta azul, pero tengo finalmente, en compañía de todos, una experiencia que nos da acceso a su totalidad. El conjunto de nuestras intervenciones termina por despertar, por revelar la totalidad del mundo, en realidad una Mano, ya no invisible y trascendente como la del mercado, sino inmanente y amenazadora. Creíamos manipular el mundo y el terminó por manipularnos.

* Cómo citar: Serres, M. (2019). Las tres vueltas al mundo. *Ciencias Sociales y Educación*, 8(15), 255-268. DOI: <https://doi.org/10.22395/csye.v8n15a13>

Agradecemos a *Le Pommier* por posibilitar la publicación de la traducción al español del texto del filósofo e historiador de las ciencias, Michel Serres. La traducción la realizó el profesor Luis Alfonso Paláu-Castaño en diciembre de 2013 y se publica por vez primera en la presente edición de la revista (nota del editor).

Recibido: 20 de febrero de 2019.

Aprobado: 26 de abril de 2019.

Luego el aprendiz debe efectuar la vuelta al saber. Este segundo viaje suma otra imposibilidad. Entonces, desesperado pero paciente, el mencionado aspirante absorbe matemáticas y ciencias duras asociadas, de la cosmología a la bioquímica, más algunos saberes humanos, sociales y políticos. Como esa vuelta circular de enciclopedia tiene su centro por todas partes y circunferencias en ninguna, la buena voluntad pierde allí toda vista de conjunto.

Ahora bien, por una suerte inconcebible y una fortuna inesperada, el Gran Relato, al final de la vida, riza muchas veces ese recorrido interminable. El ciclo de los cuatro libros que comienza por *Hominescencia* lo relata ampliamente. Por esta cartografía de duración, por este mapamundi cronológico, la caminata cognitiva remata o integra un proyecto que el caminar mundial de ahora no puede cerrar por medio del cuerpo, pero que hoy suma la fuerza de las cosas. Para nada esto quiere decir que yo sé finalmente todo, y al detalle, sino que yo dispongo como todo el mundo, por esta totalidad temporal desplegada, de un número infinito de puertas de acceso fácil a todo el saber posible.

Mi programa de preparación a la filosofía debía prolongar estos dos encantamientos con una vuelta alrededor de los hombres. Pero de nuevo ¿cuántas culturas, lenguas, religiones y costumbres, sobre todo, cuántos individuos de los que cada uno solo realiza casi una especie, erigían ante mi coraje insensato un obstáculo infranqueable? Acá, aún hay menos sumas o integraciones posibles que en los dos proyectos precedentes.

Ahora bien, y de nuevo al final de la existencia, recibo del destino una tercera felicidad. Dibujando cuatro archipiélagos, Philippe Descola clasificó recientemente las culturas humanas^{**}. De este modo salvó mi última locura; podía imaginar darles la vuelta a los hombres.

Heme pues finalmente presto a volverme filósofo.

Hijo de campesino y marinero, hablando lengua occitana, consciente de llevar conmigo una cultura diferente de aquella cuyos elementos recibí en el liceo, las universidades o en la lectura de los textos mayores que allí me enseñaron, me indignaba a menudo porque los mismos humanos, siempre igualmente salidos de los mismos lugares, estudiaban siempre a los otros humanos. ¿Alguna vez se habrá visto a un grupo de pastores de los Pirineos o de pastores mongoles, acudir al Colegio de Francia, al Cornell o a Oxford University para ponerse a observar las costumbres políticas, sexuales y religiosas de los profesores y de los investigadores que habitan esas alturas? Algunas

^{**} Al otro lado naturaleza y cultura, traducción de Luis Alfonso Paláu-Castaño, Medellín, abril de 2010 – junio de 2011. Nota del traductor.

ciencias humanas funcionan como semi-conductores. Soñaba con darle vuelta a ese punto de vista.

Que los clasificáramos en poesía, novela, ciencia o filosofía ¿podemos leer, por ejemplo, las obras occidentales, antiguas, medievales, modernas o contemporáneas, como si escucháramos decires de kwakiutls o inues, de achuares o de dogones? ¿Podemos invertir suficientemente nuestro sitio como para ver nuestra cultura como un terreno de estudio etnológico? El parisino de Montesquieu se preguntaba: "¿Cómo se puede ser persa?". Yo soñaba con exclamar: ¿cómo se puede escribir, percibir y pensar cómo occidental? Haber vivido y pensado gascón no es suficiente para lograr este propósito. Este estrecho sitio, el saber limitado que lo acompaña, no le daba una sede suficiente. Se requería un punto de vista suficientemente amplio como el objeto al que había que darle la vuelta completa.

Un punto de vista, un sitio de observación, la cima de un cono de visión... entregan, sobre un objeto parcial o grande, un perfil oblicuo, eso es todo. Los clásicos llamaban a esta perspectiva una escenografía o, dicho de otro modo, la escena paisajística que se dibuja entonces en la sección del cono de visión. Veía pues la cultura que llamamos occidental desde mi pequeño punto de vista limitado de paisano occitano, escenografía singular, estrecha, parcial, en suma, poca cosa. Ahora bien, la mencionada clasificación dibuja sobre las culturas del mundo lo que la época clásica llama una iconografía o un geometral. Solo Dios, decía Leibniz, puede ver no importa qué o el mundo a partir de todos los puntos de vista a la vez, puesto que él honra con su presencia ubicuitaria al mismo tiempo todos los sitios posibles. Solo él puede prevalerse de ver la cosa tal cual, integrando la suma de todas sus escenografías. Ahora bien, la clasificación se entrega a esta suma, integra su cálculo, agrupa sus relaciones; universalidad relativa, dice el autor. De acá en adelante podemos ver todas las culturas, una a una, a partir de ese sitio nuevo que yo creía inaccesible, excepto para el Dios omnisciente de la época clásica. De repente ¿por qué no mirar así la nuestra? Veía mi sueño virtualmente realizado.

Este libro describe ese sueño.

Las cuatro visiones del mundo

De aquí en adelante, cada capítulo cita una de las visiones del mundo sacadas de esa clasificación, ya sea que se practique en tribus de la Amazonia, de Australia o en el Gran Norte. ¿Por qué no decir más bien religión, puesto que de hecho se trata de clasificar relaciones?

La una, *animista*, ve la misma alma en todos los seres, cada uno vestido con un cuerpo original. El *naturalismo*, a la inversa, ve todos los cuerpos formados de los mismos ingredientes, moléculas y átomos, mientras que las almas, dotadas de interioridad, animan únicamente a los humanos, diferentes personalmente y diversos por las culturas y las sociedades; esta segunda visión caracterizaría más bien al Occidente reciente. Una tercera, *totemista*, comprende las diferencias entre los humanos gracias a las que muestran las especies animales o florales y hace corresponder, a veces, un ser humano con una bestia o una planta. Finalmente, a los ojos del *analogista*, todo lo que existe difiere y se agota en descubrir relaciones posibles en aquel chocante desorden.

La vuelta al mundo exhibe entonces un mapa diferente al mapamundi físico o político y lo recorta de una manera nueva, según qué cultura se entregue a tal o cual visión; en lugar de los cinco continentes limitados por mares, esta clasificación reconstituye cuatro archipiélagos donde sociedades, geográficamente alejadas, se reagrupan. Me he servido de este mapa para desplazarme en mi cultura.

Una lengua a muchas voces

He podido, pues, dar mi vuelta al mundo sin salir de mi hábitat. Pues, antaño y hasta hace poco, nosotros los occidentales fuimos y seguimos siendo todavía hoy animistas, totemistas... sí, componemos y seguimos aún esas visiones, no como otros sino como los mismos. Sorpresa: nuestra antigua herencia y nuestros formatos contemporáneos ¿se repartirían como las culturas que así clasifica la etnología? El único esfuerzo que habría que hacer para comprender esta mezcla consiste en no desplegarla en el tiempo de la historia para pretender (como lo hicieron Comte y otros) que antaño fuimos fetichistas, por ejemplo, y que el progreso nos trajo hoy a una visión del mundo por fin verídica y desprendida de aquellos viejos errores. Generalmente nutrido por una ideología ingenua o, peor aún: vengativo con respecto a los predecesores, este tipo de relato proyecta en el tiempo y el presente al que clausura todos los *centrismos* que él condena en el espacio.

Siguiendo el ejemplo de este archipiélago vuelto a pegar, mi nuevo portulano reagrupa espacios ocupados por las personas y las obras de escritores, poetas y novelistas, de historiadores, de filósofos, de científicos repartidos en todos los dominios, matemáticas, bioquímica, religiones, teología... El continente totemista, la isla animista... reúnen uno tras otro y sin distingos notables el conjunto de las poblaciones, de los pensamientos o de los actos que nuestras culturas separan con deleite. Por primera vez, puedo sin dificultad realizar un

segundo sueño, el de hablar a muchas voces, enunciar, en una lengua común, “géneros”, discursos, prácticas, teorías que nos gusta reputar como diferentes las unas de las otras. Estoy contento con poder decir, en una sola emisión de frase, kerigma y teorema, novela y poema, historia y sistema. Dicho de otro modo: en el nuevo mapa etnológico aparecen como vecinos islas tan alejadas en el espacio terrestre como Siberia, Centroamérica y Mali; según el libro que sigue, otro mapa acerca regiones tan ajenas a nuestra cultura como los ritos y las baladas, los números y los romanos.

Como Arlequín de capa abigarrada podría volverse *Pierrot Lunar*, blanco, el nuevo archipiélago podría diseminarse, luego tender hacia una especie de continente o de suma en grisalla: *cepa*. Me gustaría que emergiera esa metafísica *totipotente*, tan flexible como para dejar otras tantas elecciones a la invención libre y a la novedad.

Por ejemplo, por células se hace la vida, múltiplemente diferenciadas a partir de células madre.

Pequeño tratado de crítica anhistórica

Que la historia literaria pretende explicar o aclarar una obra recurriendo a las condiciones económicas, sociales, políticas, psicológicas... de la época, este es el proyecto preciso de obras cuyo contenido a la moda repite o refleja el entorno, como trata de hacer una página de la prensa. Los acontecimientos comunes que enuncia la mencionada crítica histórica entran, por otra parte, en el campo de las condiciones necesarias; que el autor, hijo de tal o cual, vive aquí o allá, bajo tales limitaciones, esto es pues la necesidad; pero para explicar su obra, se requeriría descubrir condiciones suficientes, tan raras como para ser posible lograrlas. Así es como esta empresa histórica sirve sobre todo para reproducirse ella misma en los cursos universitarios.

La historia de las ciencias no escapa para nada a una duda similar. En cuanto a ella, cede a menudo a dramaturgias en el curso de las cuales se suceden paradigmas o épistemês, sembradas de cortes cuyo relato apasionante tiene que ver con el teatro ciertamente, pero también con una verdad de condiciones necesarias como las ya mencionadas. Pues la historia real rebosa de una tal cantidad de hechos que allí cualquier encadenamiento de acontecimientos se puede verificar; es suficiente con escoger, con seleccionar, con conservar tales, y con olvidar otros, para que la cadena en cuestión parezca verídica. Como la empresa sigue siendo constantemente posible, el historiador nunca se equivoca. El mal negocio es itener siempre razón!, pues cualquier otro relato

podría volverse también verdadero, cualquier otra dramaturgia reportaría éxito parecido. Riamos.

No. Que se trate de música, de pintura, de literatura o de ciencia, que advenga un descubrimiento, que aparezca un inventor cuya intuición cambia la visión del mundo, entonces la alteridad fulmina el mimetismo. La originalidad ni siquiera agita a los corderos que siguen lo contemporáneo, cuyas condiciones les parecen a todos tan necesarias que ellos no pueden verla surgir. El creador es otro entre los mismos, previsible y por lo tanto incapaces de percibir lo inesperado, lo oculto, puesto que él aporta aquí un algo de otra parte y ahora lo intempestivo. Para evitar este rayo que arriesga con carbonizarlos, ellos mismos se ponen la coraza contra ese otro al que le niegan el reconocimiento o que excluyen si alcanzan a entreverlo. Y cuando ese otro convierte a la historia común en obsoleta ¿por qué querríais que esa misma historia lo explicase?

Buscar por fuera del tiempo es ir a ver a otra parte, este es buenamente un viaje por el espacio, una vuelta al mundo de las culturas. Los resultados de este desplazamiento *in situ* me llenarán de gozo. No pretendo que todos y siempre sean verdaderos, pero preferiría que los falsasen gentes más refinadas que yo.

Tocados de plumas en medio de una muchedumbre de pelucas uniformes, nuestros padres decisivos, nuestros genios del día... ¿cazan ellos solos en medio de las selvas compactas?